

stress, and in the end failed''. Antes en la p. 67 apunta que la nueva ideología política se apoyaba mayormente en factores económicos. Dedicó a la nueva época los capítulos 4, 5 y 6 de la obra, con apoyo en lecturas pertinentes y aprecio por algunos logros intelectuales alcanzados. Advierte el autor que el siglo XVIII no puede ser entendido si se le separa del periodo de los Habsburgos. El cambio se sobrepone con vigor a la establecida matriz filosófica de los dos siglos anteriores. Esto es cierto pero no resta interés a la novedad. El Siglo Ilustrado mexicano cuenta con personalidades notables y tendencias ideológicas bien trabajadas, por ejemplo en los libros del seminario de José Gaos que se reunía en El Colegio de México. La ruptura ocasionada por la independencia viene acompañada de anarquía y desorden.

Reiterando la filosofía que guía su obra, nos dice el autor que no entiende por qué las acciones y las ideas han de ser puestas aparte. Una fusión de ambas está más cercana a la realidad. Ya indicamos que el capítulo III trata de 'Filosofía en práctica'. Afirma que la discusión de aspectos del régimen imperial sin referencia a sus formulaciones filosóficas no es fructífera. Estima que las ideas sólo son importantes cuando tienen algún efecto sobre la sociedad. Por eso procura ligar las ideas con las acciones dentro del cuadro político del imperio hispanoamericano.

Este estudio del pasado le parece al autor que ayuda a una mejor apreciación del presente de la América Latina, por ejemplo en cuanto a la supervivencia del centralismo.

Dejamos a otros lectores la tarea de ponderar los capítulos del libro en particular. Aquí hemos preferido fijarnos en las líneas generales hábilmente trazadas por el autor. Hallamos en las conclusiones, pp. 124-126, algunos párrafos descriptivos de la filosofía política que podrían acercarse más al prometido apego a la realidad histórica correspondiente.

Silvio ZAVALA
El Colegio de México

Pilar GONZALBO AIZPURU: *La educación popular de los jesuitas*. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1989, 247 pp. ISBN 968-859-039-8.

El título de la presente obra no ha dejado de suscitar cierta polémica, lo cual siempre resulta buena noticia en el campo un tanto

adormecido de la historia colonial y, más precisamente, religiosa y eclesiástica.

En efecto, la “educación” tal como la entiende Pilar Gonzalbo requiere algunos comentarios. Nuestro siglo confiere al término un sentido limitado, marcado por la implantación de vastos sistemas estatales, de cuño laico y más o menos racionalista, que abarcan de hecho un solo tipo de educación, de carácter escolar y formal, primaria, secundaria, etcétera. Esto nos impide restituir al término educación los significados que tuvo durante siglos en el mundo occidental los que abarcan la formación no sólo intelectual sino también moral, y hasta social, de los individuos. Vestigio de este derrotero lo constituyen expresiones tales como: “bien, o mal educado”, “tener, o no tener educación”, etcétera, que aluden casi exclusivamente a comportamientos urbanos y buenos modales. Ahora bien para entender debidamente y apreciar el libro de Pilar Gonzalbo es preciso regresar a esta concepción más amplia de la educación, que es la formación completa y total de los individuos que la reciben. En este sentido, los jesuitas novohispanos no se limitaron a impartir una educación sino que difundieron un tipo de formación sistemática y coherente entre los sectores de la población que pudieron alcanzar, tomando en cuenta los medios de que disponían.

Por otra parte, el término “popular” requiere a su vez ciertas aclaraciones; en efecto, puede, dentro de la visión estereotipada aunque común que se tiene del desempeño de los hijos de San Ignacio, parecer insólito. Sin embargo, el lector de la obra que aquí nos ocupa quedará rápidamente convencido: la formación que proporcionaron los jesuitas no se limitó, como lo sostienen algunos admiradores suyos y la mayoría de sus enemigos, a los sectores sociales dominantes. O mejor dicho, los mñlites de Cristo supieron distinguir, con una sutileza que no pocos sociólogos actuales podrían envidiarles, lo que constituye una verdadera “élite”. Así es como, lejos de limitarse a los que consideramos poderosos en términos capitalistas reductivos, supieron descubrir y escoger a quienes por sus dotes privilegiadas —inteligencia, belleza, virtud, etcétera— y/o por su estatuto personal dentro de un grupo particular, eran llamados naturalmente a ejercer influencia determinante entre sus semejantes o iguales. Estrategia propia, dicho sea de paso, de todas las minorías deseosas de implantar en una sociedad determinada ideología y que fue adoptada por grupos tales como los bolcheviques, el Opus Dei, Sendero Luminoso, etcétera. De tal modo que al lado de los hijos de los grandes comer-

ciantes criollos y funcionarios peninsulares, encontramos como discípulos y émulos suyos a los vástagos de artesanos urbanos, de indios caciques, a los macehuales, esclavos, negros y mulatos, mujeres, desde señoras de alcurnia hasta monjas y humildes indígenas, etcétera. Estos individuos desempeñarían en su círculo respectivo papeles de liderazgo social y moral y contribuirían así a la construcción de una sociedad cristiana.

Pero para lograr penetrar indistintamente en palacios y chozas, en obrajes, minas y conventos, fue preciso recurrir a estrategias variables y flexibles que incluían lo mismo los prestigiosos Colegios, capaces de abrir sus puertas a negros e indígenas —caso de aquellos de Veracruz y de Pátzcuaro—, que la predicación, la organización de cofradías, las misiones y visitas misionales, la evangelización, la dirección espiritual, las manifestaciones de religiosidad popular, el fomento de las prácticas piadosas específicas, etcétera.

El contenido de esta formación-educación no resulta nuevo ni original: sigue el magisterio de la Iglesia católica romana y reconocemos en ello las variaciones y los matices que introdujeron el concilio de Trento, la edad barroca y la de las luces, con sus peculiaridades sociopolíticas. Pero los jesuitas adaptaron con la maestría asombrosa que les aseguró el consabido éxito en tantos ámbitos y países, el mensaje que quisieron transmitir y arraigar profundamente. Lo moldearon, según la época, al lugar, al medio social, el sexo y hasta la edad de quienes debían recibirlo y hacerlo prosperar. Enseñar, incluso diríamos hoy día, condicionar, no sólo las mentes, sino los comportamientos, las sensibilidades, las maneras de pensar, de sentir y de vivir, procurando siempre que su yugo fuese tan dulce como absoluto. Con ellos, la religión, en sus múltiples implicaciones públicas e íntimas se volvió la imprescindible rectora de la vida social e individual. No busquemos en sus enseñanzas el asomo de una actitud constestataria sistemática eventualmente inspirada por una lectura radical del Evangelio, ni originalidad alguna en relación con el desempeño de sus semejantes en la Península. Su capacidad de adaptación sólo atañó a los aspectos circunstanciales y finalmente secundarios de su magisterio, cuya médula permaneció intangible, universal y celosamente ortodoxa.

Sin embargo, estos jesuitas que Pilar Gonzalbo, a pesar de su admiración, no duda en considerar acomodaticios y conformistas, son los que sembraron, 200 años después de los franciscanos, sin saberlo y menos quererlo, una de las semillas de la rebeldía. For-

maron una élite sin porvenir en el imperio borbónico, destinada a constituir el caldo de cultivo para las ideas nuevas y perturbadoras. También propiciaron, por medio de algunas devociones fomentadas por ellos —así la Guadalupana—, la formación de una conciencia criolla que la nostalgia hiriente del exilio no tardará en fortalecer, como es bien sabido.

Éstas son algunas ideas que vierte Pilar Gonzalbo en su hermoso libro y unas de las muchas reflexiones que no deja de suscitar. No solamente aclara una parte importante de la obra de una orden religiosa cuya relevancia huelga recalcar, sino que aporta elementos nuevos para la historia novohispana, mostrando y demostrando, entre otras cosas, cómo las empresas más genuinamente imperialistas y colonialistas se vieron llevadas por su propia dinámica y gracias precisamente a su éxito, a preparar la ruina del sistema que las respaldaba y el advenimiento de otro. En fin, nos queda por elogiar la forma, tan flexible, fluida y amena que parece tomar prestada de los mismos jesuitas, sus maestros amados, respetados y un tanto repudiados —como deben ser todos los maestros por parte de sus discípulos—, que adopta la autora en su exposición, nunca pedante, siempre ágil y elegante. Lejos esta vez de constituir un aspecto secundario, la forma permite una lectura que se convierte a menudo en un verdadero placer, de un trabajo de gran calidad académica.

Solange ALBERRO
El Colegio de México

Martín GONZÁLEZ DE LA VARA: *Historia del helado en México*. México: Maas y Asociados, 1989, 138 pp. ISBN 968-6349-00-6.

He aquí una obra cuya presentación y lectura son un agasajo para el lector. La *Historia del helado en México* es un libro para historiadores, pero también para coleccionistas de libros de cocina y hasta para golosos. Se inicia con un sabroso prólogo de Jean Meyer que nos predispone a disfrutar la investigación monográfica de Martín González, la cual consta de cinco grandes capítulos o partes, un apéndice y un directorio de heladeros y paleteros de la ciudad de México y sus alrededores. La enumeración de fuentes consultadas cierra el trabajo.

Para situar el tema, el autor se remonta a los orígenes históricos